



CAPÍTULO XIV

Ejercita Dios rigurosamente á Rosa con visiones aterradoras; la da á gustar las penas horribles de la otra vida.

Lo que es el crisol para el oro, es la tribulación para los escogidos, principalmente cuando es necesario impedir y estorbar que desvanezca la grandeza de las revelaciones. Este fué el horno encendido en el que se purificó la caridad de San Pablo. En este también se purificó la virtud de Rosa, aunque fué muy diverso el fuego. Al Apóstol el aguijón molesto de la carne que le sujetó, como dice él mismo, á las bofetadas de Satanás, fué el que limpió su espíritu. A la virgen los carbones encendidos de sequedades interiores y soledades de espíritu, purificaron como en un crisol doloroso. Uno y otro acongojados con mortales angustias clamaron al cielo; ambos oyeron una misma respuesta, que fué decirles: «Basta para todo mi gracia, porque con los trabajos y fatigas se fortalece la virtud, si ha de ser perfecta y sólida.

Concretemos más el asunto. Había llegado Rosa en

alas de la oración hasta el grado supremo de perfecta unión con Dios. En este mismo tiempo comenzó á padecer cada día desvíos rigurosos de oscuridades mentales, que no de paso sino muchas veces por horas enteras, de tal modo la abatían y humillaban, que no sabía si estaba en el infierno ó en la cárcel terrible del purgatorio, ó en otros calabozos profundos, privados de toda luz y consuelo. Se hallaba en un momento metida en donde del todo se retiraba la memoria suavísima de la divinidad: huía allí todo el gusto de la presencia del sumo Bien, sin quedar ni sombra, ni rastro, ni señal alguna de alivio. Era aquel un destierro de densas tinieblas, una región de muerte, noche de olvido y desmayo, mazmorra de calamidad extrema; allí cuanto más se alejaba Dios de la virgen, tanto más distante se hallaba de sí misma. Yacía Rosa postrada y abrumada por insufrible peso de tinieblas palpables, sin poder levantar el ánimo á la consideración de los misterios sobrenaturales. Faltábanle los bríos, aun para poner los ojos en objetos naturales que la distrajesen. Trabajaba el entendimiento por rastrear algunas luces de las perfecciones de Dios; pero habianse retirado las luces y las ideas de tales perfecciones. Deseaba la voluntad prorrumpir en actos de amor: pero faltábanle alientos, porque se hallaba yerta y helada. Fatigábase la memoria en reducir á su presencia alguno de los muchos favores que había recibido de la mano bondadosa de su amante dueño; más no podía porque se hallaba ciega. Y para que llegasen al último colmo las penas, solo se acordaba como entre espesas y confusas nieblas, que alguna vez había conocido á Dios y le había amado; mas sentía que ahora ni le amaba ni le conocía, porque le divisaba confusamente como entre sombras; y le miraba como peregrino ausente, ajeno, extraño, muy á lo lejos, como que le conocía de fama, no de vista, de trato ni de presencia. Y esto era lo que más le martirizaba, verse en destierro tan distante de las noticias de su querido Esposo. Intentaba entre tantos ahogos, mirán-

dole perdido, buscarle por las enmarañadas huellas y señas equívocas de las criaturas; pero ni éstas ni aquellas se descubrían, antes se escondían todas las líneas y proporciones con que las obras de Dios suelen conducir el entendimiento á la noticia de su Hacedor. Y en el interin el espanto y la agonía hacían diligentes su oficio en atormentarla. Voceaba el corazón afligido, clamaba diciendo: «Dios mío, Dios mío, por qué así me has desamparado»; pero en los vacíos del alma ni aun los ecos respondían de tales lamentaciones. Volvíase luego á la lucha, forcejando por salir del abismo oscuro; pero estaba amortiguado el calor de los afectos, embotado el discurso, y todo el sentimiento de la piedad sumergido en letargo profundísimo. ¿Qué haría la virgen, cercada por todas partes cuando se hallaba tan despedazada dentro de sí, como arrojada de la presencia de su querido y amante Esposo?

Lo que más vivamente apretaba los cordeles al sentimiento, era presentarse estas penas, como si hubiesen de durar para siempre, sin indicios, siquiera leves de tener término tan grande aflicción y miseria. Por ningún resquicio se descubría salida de tan intrincado laberinto. Parecíale que estaba cerrada con muros de diamante la puerta para escaparse. Así que perpleja Rosa no hallaba razón para distinguir la infelicidad extrema que padecía, de la pena de daño que atormentaba á los condenados. Solo le quedaba el consuelo de parecerle que no podría durar mucho la vida en estado tan miserable y que era imposible que una criatura frágil pudiese resistir mucho tiempo tanto combate sin rendirse á los filos de la muerte, que en tal aprieto fuera la mayor dicha. Pero al punto se le ofrecía para mayor molestia la inmortalidad del alma, á quien ninguna pena puede acabar, ningún infierno extinguir. Viéndose apurada entre tantas confusiones, estaba muchas veces para dar gritos y voces pidiendo alivio y socorro. Sin embargo reprimía estos ímpetus vanos la memoria que la dictaba no haber criatura que pudiese librar-

la ni socorrerla, ni palabras que pudiesen de ningún modo explicar á los hombres su desventura, y que en todo el mundo no podía hallarse maestro de espíritu tan entendido, tan discreto y tan profundo que pudiese especular con el entendimiento, ni medir con su talento lo acerbo y lo crecido de esta pena.

Por espacio de quince años una vez cada día y durante una hora entera, á lo menos, se hallaba Rosa anegada en este abismo de oscuridad interior y desolación de espíritu, y pasaba todo este tiempo temblando, temiendo, palpitando el corazón, como el que está agonizando en los últimos desmayos de la vida. Estuvo, pues, tan lejos de que la costumbre y el repetirse cada día, mitigase los rigores; que antes la misma experiencia los aumentaba; porque cuando el día siguiente otra vez se hallaba precipitada la virgen en este caos y mar sin suelo de penas, volvían los mismos horrores á embargarle la memoria, representándose en la fantasía temerosa que habían de eternizarse aquellos sufrimientos; sin que la sirviera de consuelo saber que se había visto libre de ellos el día antes. Apenas llegaba el momento fatal volvía su alma á secarse y aniquilarse con los males presentes; volvía á ausentarse el consuelo, sin dejarle prendas de escapar del riesgo que la afligía; otra vez sepultaban los abismos á la que estaba ya medio muerta; y se hallaba Rosa, no solo cercada de espinas, sino convertida en ellas, estando yerta y fría, arrojada en aquella sima profundísima de tribulaciones y soledades. Algunas veces, sin embargo, se descubría como por entre rendijas alguna luz amortiguada que la daba esperanza, aunque pequeña, con que poder sospechar que había de acabarse el suplicio; y entonces aquella pena, más parecía participación del purgatorio que del infierno. Esto mismo la martirizaba con mucha más viveza; porque molestaba mucho su amor la ausencia del Esposo, y se le hacía intolerable el destierro, y amarguísimo el divorcio de viudez tan larga. Crecía incomparablemente más

la tristeza; experimentando que aunque empleaba todo su esfuerzo en conocer y amar á Dios, ni uno ni otro podía. Hallaba las potencias sin vista, ciegas, confusas y así caminaba sin saber por donde. Palpaba las paredes, tropezaba y caía, por lo mismo que eran grandes las tinieblas que padecía. El atribulado espíritu buscaba, llamaba, gemía por su Esposo y no había quien se diese por entendido de que lo oía. Habíase secado el corazón y marchitádose todo el vigor del ánimo; no tenía movimiento vital, y el afecto interior estaba totalmente destituido del gusto y sabor de cuanto es Dios, porque estaba enfermo el gusto. Finalmente tal era el horror de estas representaciones, tanto el sinsabor que estos horrores causaban en su alma, que aunque el espíritu de Rosa fué desde sus primeros años valeroso é intrépido para emprender penalidades y mortificaciones, con todo, decayendo los bríos, pidió con veras á Dios que no la diese á beber cáliz tan amargo, porque era superior á sus fuerzas y de todo punto intolerable. Le pedía fuese servido de llevarla por el camino ordinario de sus amigos; y que pues la amaba, no la dejase despeñar y anegar en este tan hondo abismo, donde parece que el alma pierde su ser, sus fuerzas y su sustancia; y aunque es cosa dura para el alma el apartarse del cuerpo cuando el hombre muere, más duro es apartarse de sí misma, y durísimo apartarse de su Dios, después de haber experimentado la unión mística, y los abrazos deliciosos y suaves con aquella bondad suma y hermosura infinita. Fúndase esto en lo que enseña San Agustín cuando dice: que lo que es para el cuerpo el alma, esto es para el alma Dios; y así viene á ser menor pena dejar de animar el cuerpo, que dejar de amar á Dios. Conociendo, sin embargo, Rosa que era agradable al Señor que así padeciese, abrazóse con los tormentos con espíritu varonil y heroico, diciendo: «Señor, hágase tu voluntad y no la mía.» De aquí que se dispusiera varonilmente de un día para otro, para sufrir el martirio que sabía la estaba reser-

vado. Ignoraba á qué hora comenzaría la tortura ni cuándo se daría principio al tormento de la cruz en que había de estar enclavada por espacio de una hora. Con ser de corazón tan resuelto, el cuerpo no podía evitar el espanto que le causaban sufrimientos tan intolerables.

Tan monstruosas y desconocidas eran la forma y naturaleza de estas desolaciones de Rosa, que apenas se hallaron después de mucho tiempo teólogos bastante perspicaces y tan expertos que pudiesen resolver cuáles eran sus cualidades y su modo de ser. Al principio todo se le iba á Rosa en variar de confesores, por ver si acertaban á darle remedio, alivio ó consejo; pero ni ellos acababan de entender qué era lo que les quería decir la virgen, ni se juzgaban capaces de comprender lo que parecían paradojas ó por lo menos enigmas indescifrables de mística. Unos decían que eran delirios y sueños; otros que era cosa de duendes y de fantasmas, y no faltó quien dijo que eran desvaríos, ilusiones del diablo y espantos infundados. Los más templados y de más seso lo achacaban á la melancolía y al desvanecimiento del cerebro, originado de los continuos ayunos y las frecuentes vigiliias. Enflaquecida la cabeza, decían ellos, por la fuerza de las mortificaciones, nada de extraño tenía que soñara con cosas tristes y melancólicas, que no tenían otra realidad que la que la daba una imaginación enferma. Mas Rosa, estando muy cierta de que la calamidad que padecía no tenía su origen en la mala disposición del cuerpo, se afligía mucho más con estos dictámenes; no hallando médico que acertase á curar la dolencia de su espíritu, ni quien la descubriese estrella por donde guiarse en el mar proceloso por donde navegaba. Gemía, echaba la culpa á su rudeza; pensaba que era falta de ingenio y cortedad de palabras, y que así no sabía explicarse. Por lo cual á sí sola se acusaba, juzgando que ella era la causa de ser incurable la enfermedad.

Quedábale un solo consuelo, aunque bien pequeño, y era que su madre si no podía ayudarla en este con-

flicto, por lo menos vivía ignorante de sus agonías; la que si lo supiera, había de turbarse y afligir á la virgen con el sentimiento. Pero esto mismo fué después aumento de sus penas; porque como algunas veces reparase la madre en el rostro de la virgen y que á ciertas horas del día se la mudaba el aspecto y quedaba casi difunta, con mil congojas, con sudor frío, palpitando el corazón, yerto el cuerpo, sufría Rosa viendo sufrir por su causa á quien tanto amaba. Preguntábala aquella con importunidad qué género de accidente era el que padecía y por qué lo disimulaba: y cuanto menos podía explicar la obediente hija lo que padecía, tanto con más vehemencia la apretaba su madre, instándola más porfiadamente para averiguar qué podía ser lo que Rosa la ocultaba. Se excusaba la virgen diciendo que aún no tenía conocido el mal que la afligía el alma; y su madre, sospechando que era mal de corazón, llevada principalmente por ser de este parecer algunos confesores, llamó al médico y puso en cura sin utilidad ni fruto á Rosa, lastimada por todas partes con tantos abrojos. Protestaba la inocente virgen que era en vano perder el tiempo, el trabajo y el dinero en curarla, que su mal no estaba en el cuerpo, sino en el alma, y que allí tenía el predominio. Mas no hubo quien la diese crédito; y así viendo que resistía en vano y que no la daban oídos, calló y se sujetó al médico, por más que sabía que de nada había de aprovecharla tal obediencia. Esto solo faltaba para que llegasen sus trabajos á mayor colmo; ver que no podían curarla las medicinas y que la obligaban á tomar píldoras, jarabes y sangrías.

Empleaba Rosa todo su ingenio cuando se ofrecía ocasión de hablar con libertad de los sufrimientos de su espíritu, en inventar símiles con que darse á entender y explicar siquiera en bosquejo algo de lo mucho que sentía; pero luego reconocía que se cansaba en valde. Comparándoles con el fuego que tanta virtud tiene de abrasar, decía que era comparación ridícula,

porque éste sólo puede causar pena de sentido. Parecíale que se acercaba más á la verdad San Agustín, cuando dice que «se halló lejos de Dios en la región de la desemejanza.» También parece que había gustado algo de estas sequedades el Rey salmista, cuando las llamó «tempestad y pusilanimidad del espíritu»; y San Pablo cuando dió á estos afectos el nombre enfático de «Anatema de Jesucristo». Pero con aclarar tanto estas comparaciones las penas del alma, sentía en sí Rosa mucho más de lo que explicaban estas palabras. Decía que estos terrores ó imágenes horrendas eran de dolor tan subido, que bastaban millares de veces para partirla el corazón, para quitarla la vida; y que nunca se había hallado con fuerzas suficientes para tolerarlas con la igualdad de ánimo que es indispensable; y que prodigiosamente la conservaba en esta vida la omnipotente mano de Dios. Alguno juzgó que la llevaba el Señor por el camino escabroso de San Antonio Abad, á quien tanto persiguieron los espíritus del averno con formas terribles; pero era combate el de San Antonio, no aflicción suma del alma, ni caerse á plomo todas las fuerzas del espíritu. Créese que Santa Catalina de Sena padeció alguna vez lo que Rosa. Del Beato Enrique Susón nos lo dice la historia como cierto y asentado. Algo se parecen á estos dolores las ansias que experimenta un alma delicada y muy escrupulosa cuando le parece que se le cierra el cielo, que Dios la tiene olvidada, que la deja de su mano, que el infierno está abierto y quiere tragársela; lo que sucede cuando Dios la suelta y la deja entregada á sí misma, sin darla por entonces ninguna ayuda de su parte.

Lo que con mayor exactitud retrata los sufrimientos de Rosa y lo que da de ellos alguna idea es la consideración del rostro terrible y formidable á los mismos demonios que ha de tener Cristo el último día del juicio, cuando esté ya para pronunciar la espantosa sentencia: «Id malditos al fuego eterno.» Este ceño, este trueno, este espanto le parecía á Rosa que experimen-

taba con profunda tristeza y desconsuelo la hora que duraba su desamparo. Y así después de varias comparaciones que no explicaban su intento, no se le ofrecían palabras más acomodadas que las que dijo David: «Los dolores del infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me tienen presa.»

Dos veces obligaron á la virgen los que podían mandarla que explicase la segunda parte de la tragedia: esto es, de qué suerte la amanecía el sol divino, después de tantos nublados y tempestades; porque no parecía creíble que el Esposo dulcísimo, después de tan tenebroso eclipse, no se esmerase mucho en confortar y acariciar un alma, á quien tan duramente y con tantos dolores había afligido. Al oír estas palabras, más hubiera querido Rosa callar ó cambiar el tema de la conversación. Viendo que no podía excusarlo, confesó ingenua y cándidamente con las mejores palabras que pudo, las grandes misericordias que Dios la hacía después de tantos aprietos. Decía que en un momento se hallaba restituída á la unión, de donde había caído, ó que ella pensaba que había perdido; que al mismo punto sentía el alma inflamada y bañada toda en luces. Pero de esto trataremos en el capítulo siguiente, en la descripción del examen, donde vendrá más á propósito. Lo que nos conviene aquí es admirar el modo con que la sabiduría eterna trata las almas de los escogidos, para mayor bien suyo, como dice la Escritura sagrada. «Las mortifica y las vivifica, las humilla hasta hundirlas en los senos del infierno, para sacarlas con gloria.»



CAPÍTULO XV

Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.

LA LUZ secreta de la divina gracia que guió desde su niñez á Rosa por caminos derechos, la había también asegurado que era Dios quien la llevaba y que no había que dudar que caminaba sin error y sin peligro por sendas ciertas, aunque poco andadas, y donde apenas se veían estampadas huellas que seguir, por ser pocos los que habían echado por este atajo. Aunque estaba tan cierta, con todo eso como humilde no quería parecer todo lo que era. Por lo cual no rehusaba el examen grave, serio y repetido de hombres ilustrados, que calificasen su vocación y asegurasen si iba seguro su espíritu. Entre otros, los principales á quienes destinó la buena suerte para ser exploradores sutiles del estado de la virgen, fueron el doctor Juan del Castillo y el Padre Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fué el que la guió principalmente por la senda de la perfección cristiana, hasta que entregó su espíritu dichoso en manos del